

Martin de Ugalde

Luis María y Juan Carlos Jiménez de Aberásturi

In: Jimenez de Aberasturi, Luis Maria; Jimenez de Aberasturi, Juan Carlos: *La guerra en Euskadi. Transcendentales revelaciones de unos testigos de excepción de la guerra del 36 en el País Vasco*, Plaza & Janés, Bartzelona, 1978: 287-317.

Escritor, periodista, político y lingüista, Martín de Ugalde nace en Andoain (Guipúzcoa) el 11 de noviembre de 1921.

Vive la guerra en Euskadi, siendo aún niño. Después de una larga temporada en su casa materna de Andoain, marcha al servicio militar en Tetuán. Nada más terminar aquél, se autoexilia a Venezuela. A los veintitrés años comienza su carrera de periodista. Sus primeros pasos en este campo los da en el periódico editado por el Centro Vasco de Caracas *Euzkadi*, del que llega a ser director. Con ayuda de periodistas venezolanos, entra luego a trabajar en la única revista gráfica semanal de Caracas, *Elite*, en la que ocupa los puestos de jefe de redacción y de dirección. Con el oficio aprendido, marcha becado a Chicago, donde hace la carrera de periodismo (*Bachelor of Services*). A su regreso a Venezuela comienza a escribir lo que serán sus mejores relatos, como *Cuando los peces mueren de sed*, *La semilla vieja*, etc.

Durante sus veinte años de estancia en Venezuela participa activamente en la vida política, hasta convertirse en una de las figuras más destacadas del Partido Nacionalista Vasco. Creador y primer presidente de "Euzko-Gaztedi" (Juventud Vasca), acabó siendo presidente del Centro Vasco de Caracas y presidente extraterritorial del PNV en Sudamérica. En 1969 regresa a Euskadi, donde se dedica a publicar *Alderdi*, órgano oficial del PNV. En 1972, el Consejo del Gobierno Vasco le nombra representante del PNV en su seno, sustituyendo a Joseba Rezola, que había sido consejero de Defensa. De 1969 a 1973 trabaja en la clandestinidad, hasta que es descubierto por la Policía, quien lo pone en la frontera. Fija su residencia en San Juan de Luz, donde se dedica de nuevo a la dirección de *Alderdi*. Estando en este su segundo exilio, se publican algunas obras suyas en el interior: *Hablando con los vascos*, *Síntesis de Historia del País Vasco*, *Itsasoa urbazter luzea da*, libro de cuentos en euskara, y también *Tres relatos vascos*. Ya de regreso, en 1975, publica *Hablando con Chillida*, un extenso libro-entrevista con el gran escultor guipuzcoano.

Como periodista ha sido, además de jefe de redacción de la revista *Elite*, jefe de publicaciones y director de la revista cultural para Venezuela de la Creole "Standard Oil Co." (New Jersey), también en Caracas, de 1954 a 1969. Colabora en el diario *El Nacional*, así como en *Momento*, la revista cultural CAL, la *Revista Nacional de Cultura*, todas en Caracas; en *América*, revista cultural de la Organización de Estados Americanos (OEA), etc.

Ha obtenido, entre otros, los siguientes premios: de reportajes de *El Nacional* de Caracas, 1963 (*San Rafael de Mucuchies*); de cuentos *El Nacional* de Caracas, 1955 (*Un*

real de sueño sobre un andamio); premio Centro Vasco de Caracas de cuentos en euskara, entregado por el presidente Aguirre, 1957 (*Iltzalleak*); premio *Sésamo* de Madrid, 1962 (*Las manos grandes de la niebla*); premio *Lauburu de plata*, de la *Galería del Libro*, de Bilbao, 1974 (*Hablando con los vascos*).

Ha sido profesor de Opinión Pública y Comunicación de Masas en la Universidad "Andrés Bello" de Caracas.

Es miembro correspondiente de *Euskaltzaindia*, Academia de la Lengua Vasca, y del Instituto Americano de Estudios Vascos, de Buenos Aires.

– *Al comienzo de la guerra vivías en Andoain, un pequeño pueblo de la provincia de Guipúzcoa. ¿Cómo se presentaba para tí, un niño en aquel entonces, el comienzo de la guerra? ¿Cómo se efectuó ese cambio de la vida normal al ambiente bélico, que no tardó en instaurarse? ¿Captabas la gravedad de la situación?*

– Sí, sabía lo que estaba ocurriendo, porque no era tan niño. Ya estaba en el bachillerato. Nací el 11 de noviembre de 1921, y con casi quince años uno se da cuenta de lo que ocurre alrededor. Vivía en un Andoain, pueblo pequeño, de 4.500 habitantes, completamente euskaldun, donde incluso la gente que había venido de fuera hablaba euskara. Yo pertenecía a una familia nacionalista, mi padre tenía una carpintería mecánica y recuerdo los apuros económicos de la crisis que se vivía. Iba a la escuela de La Salle, era un muchacho más, sin problemas. Bailábamos mi hermano Joseba y yo en los grupos de dantzari-txiki y luego de espatadantza. Sí, sabía, claro, de los problemas que tenía mi país, iba al Batzoki, pero no sabía de políticos. Y la guerra cayó como un hachazo.

Pero, es curioso; la guerra cayó, primero, como una tragedia, claro, pero también casi como una fiesta, porque la primera consecuencia es que no había escuela. Esto era una liberación. Pero no sólo no había escuela, sino que las fábricas no trabajaban. La gente que trabajaba en las fábricas andaba reuniéndose, desconcertada, sin saber dónde estaba el enemigo, a ver si reunían armas. Son los azares de una guerra civil, incivil. Esa conmoción la sentí primero con esa angustia de que nos iba a ocurrir algo. Andoain hace frontera con Navarra por Belabieta. No sabíamos si los carlistas iban a presentarse en Andoain por el monte de un momento a otro, o si iban a llegar por Tolosa.

– *Pero estos conocimientos que tenías, podríamos decir de tipo político, ¿eran tuyos, o eran conocimientos a través de las discusiones, a través de la familia? ¿Crees que en aquella época una persona de tu edad tenía conocimientos políticos?*

– Bueno, políticos en el sentido que acaso quieres darle tú ahora, quizá no; pero te diré en qué sentido era político mi conocimiento. Mi padre era concejal del Ayuntamiento de Andoain. Yo vivía en mi casa todos los problemas de las elecciones municipales, y todavía recuerdo nombres que leía en las papeletas para diputados. Ocurre eso, que mi padre traía los problemas a casa. Por otro lado, había un Batzoki. En ese Batzoki no solamente bailaba en el grupo, sino que acudía a los mítines de Alzeta, o de Herrandonea, o de Monzón, o de Irujo, porque los he conocido a todos de muchacho. La vida del Batzoki en cada pueblo de Euskadi era intensísima. Teníamos un cuadro de teatro que daba una obra cada dos o tres semanas, con un salón de teatro

grande y que se llenaba hasta los topes. Fue un resurgir cultural vasco que los jóvenes de ahora acaso no valoran bastante todavía. Había competiciones de teatro en toda Euskadi, venían grupos de Rentería, de Zarauz, de Bilbao, por los pueblos. Los nuestros iban a otras partes, y se estrenaban obras constantemente. Había grupos de bailes. Ibamos a bailar por los pueblos y a veces, en concentraciones de cientos en las ciudades. No solamente bailaba, sino que de chico, con trece años, ya formé, con ayuda de mi padre, el grupo de dantzaris de Villabona. Fíjate si a esa edad había conciencia y estábamos trabajando.

Yo solía ir con esos trece años hasta Villabona, al anochecer, en el tranvía de Tolosa, enseñaba al grupo y regresaba a las diez-diez y media, con el último tranvía. Cuando terminé de formar ese grupo, bailé como capitán de dantzari-txikia, grupo de doce o dieciséis, en Amasa, el día de San Martín; ésta fue la inauguración del grupo de Villabona, no sé si el 35, creo que sí.

– Entonces, la conclusión que podríamos sacar es que dentro del Partido Nacionalista Vasco había una preocupación por la formación de la juventud, a la que se mentalizaba hacia el problema vasco, tanto en el plano cultural como en el político. Te tocó a ti esta formación...

– Totalmente.

– Y a muchos compañeros tuyos.

– Sí. Yo soy hijo de esa generación de vascos que empezó a trabajar tanto en euskara como en la cuestión política y la cuestión cultural a través del teatro, a través del diario *Euzkadi*, a través del diario *El día*, que salía en San Sebastián, con sus secciones en euskara, con *Argia*, un semanario que estaba totalmente escrito en euskara, y leíamos; éramos chicos, pero leíamos muchas cosas. Este renacimiento cultural, que sólo duró cinco años, fue gigantesco, y si llega a durar 10 ó 15 años más, seguramente estaríamos en una situación cultural y política muy distinta.

– El resto de los partidos políticos, ¿tenían una organización? Hablamos del caso de Andoain, por ceñirnos un poco adonde vivías tú. En Andoain, ¿había otros partidos políticos que tuviesen sitios de reunión y que formasen políticamente, de acuerdo con sus ideas, a la juventud?

– Había tres centros en Andoain. Cuatro, mejor dicho. Había el Batzoki que te digo, que era el centro del Partido Nacionalista Vasco y creo que también de Acción Nacionalista Vasca. Estaba el Centro Republicano, donde, según mi recuerdo, y ahora creo que también mi prejuicio, la mayoría era gente que había venido de fuera, muchos ya euskaldunes. Había la UGT, el Partidos Socialista...

– ¿Era lo mismo la UGT que el Partido Socialista? Porque no todos los de la UGT eran socialistas, ¿no?

– Tengo la impresión, y no estoy seguro –ya te digo que era un muchacho–, que las siglas que había en el local, en un bajo, en la calle Zumea, eran las de UGT, pero creo que es donde se reunía también el Partido Socialista. Creo que es el único local que

tenían los socialistas. También ocurre que el Centro Republicano reunía un poco a todos los que pensaban en republicano o socialista, ideas que no son necesariamente contrarias. Porque, aunque también entonces existía Acción Vasca, no recuerdo que tuviera local propio, y, como te digo, se reunían en el Batzoki del Partido Nacionalista Vasco en Andoain, como creo que ocurría en todo el país. Tengo la impresión de que los locales se utilizaban para toda clase de actividades y que el PNV funcionaba algo así como un movimiento que agrupaba a todos los que se sentían nacionalistas vascos.

Había estas tres organizaciones y estos tres locales. Había un Partido Carlista, que también tenía su local en Bastero. Era, según recuerdo, poco frecuentado y muy decadente; pero los carlistas, ideológicamente sin rumbos nuevos, trabajaban mucho en las elecciones municipales y eran la segunda fuerza, según creo. Era el movimiento nacionalista el que tenía una actividad cultural más importante, y esto es natural, porque ocurría que el Centro Republicano y el Partido Socialista luchaban por sus ideas republicanas y sus reivindicaciones sociales, pero no sentían los problemas de la cultura que para nosotros era urgente resolver; nosotros estábamos tratando de salir de un abandono completo de lo que era nuestra cultura, todo lo que había sido nacional vasco. Hoy me atrevo a decir que ocurre algo parecido entre los partidos abertzales y los que son sólo autonomistas sin el sentido nacional que le da al problema de Euskadi su verdadera dimensión, su razón de ser. ¿Me quiere decir qué es el pueblo vasco sin su cultura?

– *¿Había también comunistas?*

– Sí, sí. También, claro, yo conocía alguno en Andoain. No había muchos y los conocíamos, los contábamos casi con los dedos de las manos. Recuerdo yo unos cuantos ahora pero eran muy pocos, y creo que no tenían lugar de reunión. Acaso acudían al Centro Republicano. No sé. Ahí es donde se reunían todas las tendencias de la izquierda política, según mi recuerdo.

– *Así pues, estos partidos desarrollaban únicamente una actividad política desatendiéndose del campo cultural... si es que es posible hacer una dicotomía entre lo cultural y lo político en Euskadi...*

– No. Por eso te digo que los republicanos de entonces no se ocupaban del euskara ni tenían preocupaciones aparentes por la suerte de la cultura vasca. Durante la guerra y después, creo que las cosas han empezado a cambiar. Por aquel entonces no sentían, creo yo, ninguna necesidad cultural como grupo, porque toda la educación escolar y universitaria, toda la administración, el cine español, el teatro español, todo eso estaba hecho para ellos. Eramos nosotros, los marginados, segregados, por el Estado Español, incluso perseguidos por la cultura y por la política que ellos decían que era separatista, cuando los discriminadores y los separadores eran ellos. Entonces, como ahora, teníamos que costearnos con nuestro dinero y nuestro esfuerzo el trabajo de recrear toda la cultura vasca. Ellos, en este aspecto, no tenían más que estar... Les preocupa el hombre social, el hombre económico, el hombre político, pero no el *hombre cultural*, que es también parte muy importante del *hombre* completo, en este caso, del *hombre vasco*. En las fuerzas de izquierda españolas no advierto yo, ni ahora, ninguna

preocupación nuestra. A lo más se lavan las manos, porque a ellos no se les plantea ningún problema de lengua, no se les plantea ningún problema de cultura; estudian en sus universidades, estudian su historia de España, estudian su antropología en general, estudian su teatro, estudian su novela, estudian su lingüística, lo aceptan todo hecho, aunque no sea verdad esta unidad simplificadora y mentirosa sin preguntarse demasiado.

– *Según esto, se puede deducir que había una especie de dos bloques: por un lado, el Partido Nacionalista, en el que se agrupaban los vascos, y por otro, los no vascos, los emigrantes, que giraban en torno al Partido Comunista, UGT, PSOE e Izquierda Republicana, ¿no?*

– Este es el vago recuerdo que yo tengo de este tiempo. Así lo veía como muchacho, simplificándolo todo lo que era vasco, defensa del pueblo, defensa de nuestras raíces, en el *Batzoki* de Andoain, donde también había gentes venidas de otras partes. Y aunque, por otra parte, había también vascos, y nacidos en Andoain, que pertenecían al Centro Republicano o a la UGT y al Partido Socialista, eran una minoría pequeña.

– *Pero ahí no entrabais vosotros, os considerabais demasiado jóvenes para meteros en este tipo de problemas ya tan claramente políticos, ¿no?*

– Eso es. Yo vivía la política un poco desde fuera, escuchando desde la escalera a gente como Monzón, o como Irujo, como *Altzeta*, que eran los nombres que entonces sonaban mucho y venían con alguna frecuencia a Andoain, sin entrar en cosas.

– *¿Había enfrentamientos entre ambas ideologías, podríamos decir, el bloque de los "inmigrantes" y "el bloque vasco", por diferenciarlos de alguna forma?*

– Sí. No es que hubiera muchas desavenencias, pero sí era claro que uno de nosotros no podía ir al Centro Republicano o a la UGT, eso se miraba de puertas afuera, y ninguno de ellos entraba tampoco al *Batzoki*. Esta rivalidad se manifestaba, sobre todo, en los períodos electorales; aquí sí había que defender las urnas y vigilar las votaciones. Se producían estas tensiones naturales de que está hecha la democracia política. Pero sin violencia. En Andoain no recuerdo ninguna.

– *El problema religioso, ¿podía tener importancia dentro de estas tensiones?*

– Mucho.

– *Este bloque de las izquierdas eran los ateos, los que iban en contra de esta...*

– Sin duda alguna; yo creo que era uno de los ingredientes más distintivos de las dos entidades. El *Batzoki* era una afinidad religiosa muy clara. Hay que situarse en aquel tiempo. En cambio, los otros eran los que se atrevían a hacer sus pinitos de entierros civiles, y cuando no se atrevían, porque a veces no se atrevían a tanto, al menos no iban a misa. Todo esto que te digo es a grandes rasgos y con ese recuerdo de mi infancia. Había, muy seguramente, gente que eran de aquella izquierda, sin dejar por eso de ir a misa. Pero aunque hubiesen casos de miembros del *Batzoki* que no iban a misa y miembros del Centro Republicano y de la UGT que iban a misa, en general el

ingrediente religioso era muy importante. Creo que hoy, afortunadamente, la religión se ha convertido en algo más personal e íntimo, menos banderizo. Ya se ha abusado bastante de eso.

– *¿Más que el ingrediente, podríamos decir, de "vascos" y "no vascos"?*

– Es que yo creo que los vascos arrastramos desde las guerras carlistas esta conjunción de lo religioso con lo vasco que después, sobre todo en los últimos años, se ha roto, y en el buen sentido, en el de la libertad de las opciones religiosas. Ha ocurrido, al menos en mi recuerdo, que en el 36 lo vasco y lo religioso estaban muy unidos, y lo que no era religioso estaba bastante unido a lo que era español. Así lo debieron de sentir también los antiguos carlistas frente a los liberales. Aunque tampoco aquí hay que generalizar demasiado. Mi abuelo paterno era del partido sabiniano, y el materno era un navarro, de Aoiz, liberal, los dos iban a misa igual, y se cuidaban de que la familia cumpliera con los preceptos. Después tengo familiares en Hernani, de donde es mi madre y era mi abuela (una Lujambio, prima carnal de *Txirrita*, nacida en el mismo caserío), tengo primos y tíos que eran de izquierdas, sin preocupación nacional, porque tenían un planteamiento religioso diferente al nuestro. Entonces se daba esto. Creo ahora que en esto se ha cometido un error doble: el político y el religioso.

– *Después de este pequeño rodeo, volvamos a la declaración del "Movimiento Nacional" en Andoain, visto por un niño que es lo que eran tú entonces.*

– Con catorce años.

– *La primera impresión de la sublevación militar es para vosotros el cierre de las escuelas, el cierre de las fábricas. Hay ambiente de fiesta. Pero después, ¿qué idea os hacéis de la situación?*

– Bueno, desde luego, que es una rebelión; los militares se rebelan. Yo Movimiento, no recuerdo haber oído hablar de Movimiento. Quizá políticamente se usó ese término. Yo supe que el Ejército se había sublevado contra la República, una institución democrática y legítima. ¿Cuál es el color de la fiesta que yo recuerdo de aquel momento? Primero, no hay escuela ni se acude al trabajo, recuerdo que eso pasaba sólo los domingos. Y, por otra, todo el mundo se mueve en dirección al monte, hacia Navarra, en dirección a Tolosa, buscando formas de saber dónde está el enemigo. Este misterio de no saber dónde estaba el enemigo de aquella guerra me intrigó mucho; era como un juego, ¡pero un juego terrible...! Sabíamos en Andoain que en San Sebastián había cuarteles que no se rendían, y muchos salieron del pueblo a someterlos, con las escopetas y con alguna pistolita que había... ¡que no había nada! Al mismo tiempo sabíamos que Navarra estaba con los facciosos, y que podían venir por Alsasua, por Tolosa o por Belabieta. Recuerdo de esos momentos una imagen que se me ha quedado grabada: un camión lleno de jóvenes con un corneta, Joxe Mari Ormazábal, el corneta de la banda del pueblo, llamando a los jóvenes a incorporarse al grupo que iba a salir para el monte.

– *¿Sin armas?*

–Cada uno con su suerte. Algunos, sin nada. Sobre todo había escopetas de caza. Empezaba a llegar algún camión de San Sebastián con la revelación de mujeres con hombres vestidos con monos, con unos gorros azules, con inscripciones de la UGT y de la CNT. Esta pequeña invasión de los pueblos llegaba de Donosti cuando comenzó a organizarse. A veces, a recoger comida, a llevarse unos pollos. Es el momento difícil de toda improvisación. Algunos se aprovechaban para meterse en alguna villa deshabitada. Recuerdo que vino entre ellos Larrañaga, un hombre del Partido Comunista que era conocido y respetado, y mi padre le dijo en euskara que se ocupase de sacar a aquellos irresponsables del pueblo; y lo hizo. Todo aquello comenzaba a ser inquietante.

Recuerdo el primer muerto de Andoain, y recuerdo a mi padre. Estas son las cosas que me quedan a mí de ese momento de Andoain. A mi padre lo llevaban porque conocía muy bien los montes que dan a Navarra; era, como corredor de cross que había sido, su ejercicio semanal, los domingos por la mañana. Así, pues lo llevaron para hacer las descubiertas. A ver dónde estaba el enemigo. Si estaba en los caseríos, en qué caseríos. Hasta dónde estaban metidos. Lo primero que hizo nuestra gente fue cerrar todos esos caminos para saber quién venía y quién se iba. Hubo algún carlista de Andoain que dijo que iba al monte "a pasear" y le dijeron: *Joan adi etxera, geratu adi han...* (Vete acasa, quédate allá). Esta es toda la violencia que hizo nuestra gente, es todo el mal que hicimos nosotros. El Partido Nacionalista asumió los riesgos con un gran sentido de la responsabilidad, y mantuvo el orden con un gran espíritu de tolerancia.

Recuerdo cómo iba mi padre durante estos primeros días, y contaba al volver lo que había visto; unos guardias civiles en la punta del monte, sus sospechas de algún caserío distante, pero sin hacer todavía contacto armado. Es curioso el tiempo que se tardó en hacer este contacto de trincheras. Creo que fue cuando estábamos en Hernani. Menciono esto en mi libro *Iltzalleak*. Pero hablando todavía de Andoain, recuerdo que a mi padre le dieron un revólver "Smith", en casa era una gran novedad ver un revólver, y con él subía y bajaba del monte en esos primeros días. Y, así, era un atardecer, creo, estaba yo en el balcón de mi casa con mi madre, esperando el regreso del padre, observando toda esa gente del pueblo que se movía mucho, inquieta, pero sin saber a dónde ir y sin tener con qué luchar, dándose cuenta de que eso era una guerra de la que todavía no se sabe dónde están los dientes de morder... En la carretera de Andoain, yo vivía frente a la central del tranvía, en la casa "Lastarregiberri", donde había nacido mi padre. Yo estaba en el balcón, como te digo, y veo que viene un coche bastante despacio con un muerto encima. Claro, no lo sentaron dentro, lo habían puesto encima de la parrilla, pero sin caja ni nada, y oigo que dicen "Nikolax"... Nikolax era un joven que vivía en la caseta del tren, en Bastero. Era un joven del Batzoki, creo que se llamaba Nicolás Aguirre *Kastro* y tendría veinte o veintiún años. Este fue el primer muerto de Andoain, y la impresión que nos causó fue tremenda. La preocupación por mi padre creció, claro, porque también estaba arriba, en Belabieta, con el muerto. Y tardó mucho. Llegó muy tarde a casa y vino ensangrentado. Parece que se metió en un zarzal tratando de llegar a un punto desde donde podía divisar cosas cuando comenzó el tiroteo. Se encontró entre dos fuegos. Tardó en salir dos horas, y sin la seguridad de no caer en sus manos, en las del enemigo. Lo hubieran fusilado. Te lo digo porque sabíamos que lo hacían entonces y también lo que pasó después. Pues mira, esto es un recuerdo

angustioso del comienzo de algo terrible que resultó ser una guerra que ha durado para mi familia y para mi pueblo, cuarenta años.

– *Así termina la "fiesta" y empieza la guerra de verdad...*

– Sí. Pasados unos días, acaso quince, llegó el padre corriendo a casa y nos dijo que había que salir inmediatamente para Hernani. Dijo mi madre: "*Oraintxe...?*" Tenía que ser inmediatamente. Recuerdo que salí al balcón y vi que estaban cortando la carretera cruzando dos tranvías ahí mismo, enfrente de la central. Fíjate que no había ni idea de lo que era una guerra. Tranvías interrumpiendo una carretera con gente parapetada detrás con escopetas, cuando te podían venir por el ferrocarril, por el otro lado del río. Podían llegar por cualquier lado, pero nosotros mirando a Tolosa, encandilados con la carretera. Como es natural, mi madre quiso llevar alguna ropa, pero mi padre no le dejó, no había tiempo para eso, y, además, ¡era cosa de unos días!... Han pasado cuarenta años desde aquel día en que dijo mi padre estas palabras hasta que volvió el verano pasado... Salimos con los dos perros y apenas un hatillo de ropa que cogió mi madre. Aquí perdimos de vista al padre por primera vez. Después, esto ha ocurrido varias veces durante el exilio...

– *Pero, cuando salisteis para Hernani a pie, ¿llevabais dinero o algo?*

– ¡Qué íbamos a llevar dinero! No sé si había algunas pesetas en casa, nada. No había nada. El Banco estaba cerrado. Pero Hernani no era una aventura, aquí estaba toda la familia de mi abuela y de mi madre. Este comienzo no era más que ir a casa de los tíos. Y para nosotros era todavía parte de la fiesta. Fuimos andando por Urnieta hasta Hernani. Circulaban muy pocos coches, la gente andaba escapándose ya con lo que podía. Mi padre pasó por otra. Nos lo contó en Hernani, cuando llegó dos días después. Con esa preocupación de saber por dónde venía el enemigo, salió andando hacia Villabona. Ten en cuenta que en aquellos momentos en que no hay nada organizado, no hay exploradores, ni vanguardia, y como él era un hombre que tenía buenas piernas, se pensó que él era el más adecuado para hacer esas exploraciones. Recuerdo que nos contó que llegó al caserío "Ixtuitza", en el extremo de Andoain, donde le salió Joxe Mari, el baserritar, y le dijo: "*Pello, alde egintzak, hemen dituk-eta...*" (¡Vete que ya están aquí encima!) Y mi padre salió disparado a dar el parte a los que estaban esperando en los tranvías, a casi un kilómetro...

– *Salvó la vida por poco...*

– Así es: Joxe Mari el de "Ixtuitza" le salvó la vida, porque si lo agarran, ya sabía el destino: lo que hicieron con otros amigos suyos incluso menos comprometidos que él. Pero antes de llegar a los fusilamientos, esas dos escapadas y esa salida de Hernani... los recuerdo como si estuviese aún allí.

– *Entonces estáis ya en Hernani.*

– Estamos en el mes de agosto. En Hernani no tengo conciencia segura de los días que estuvimos; pero creo que fueron unos quince. Estábamos en casa de los tíos. Ellos, todos, estaban en esa guerra; todos mis tíos y también los primos mayores. Recuerdo

que estuvimos viendo el hueco que hizo un tiro, en un colchón, en casa de la tía Agustina, porque a mi primo Javier se le disparó la pistola cuando la estaba revisando y casi mata a su hermano, que estaba acostado. Recuerdo de Hernani que mi hermano y yo salíamos a Santa Bárbara, al monte, a recoger los cascotes de los obuses que caían cuando empezaron a bombardear Hernani.

– *Empezaron a bombardear Hernani...*

– Sí. Empezaron a bombardear el pueblo de dos formas: cayeron algunos obuses grandes, de casi dos metros de alto, del *España*. Recuerdo que solíamos estar al lado del obús, que colocaron como un trofeo de plata, grande y reluciente porque no había estallado, frente al Ayuntamiento...

– *¿Sin estallar, lo colocaron delante del Ayuntamiento?*

– Sí. Es inconsciencia. O acaso le había quitado ya la espoleta. No sé. Pero nos reuníamos cientos de personas para verlo. Y recuerdo que estaba yo en esto, cuando pasa un camión y me grita alguien: "Martín". ¡Era Angelito! Angelito Fernández, uno de los que había venido de fuera, de Valladolid, pero hablaba euskara perfectamente, como todos los que habían venido de fuera. Era amigo mío. ¡Fíjate yo, con mis catorce años, lo ve a él, que tenía unos diecisiete, diciéndome: "*¡Goazenak!*" (¡Vámonos!), enseñándome una escopeta. "No me deja el padre", le dije. "No importa, hombre, ¡ven...!, yo no le he dicho al mío nada". Pero no me atreví. ¡Cómo me iba a atrever a montar en aquel camión de hombres armados! Me sentí con mis catorce años, chiquitico. Además le dije: "No tengo escopeta". "No importa, ya buscaremos..." Y arrancó el camión. Luego supe que el destino de ese camión fue San Marcial, donde mi amigo Angelito Fernández murió a los dos o tres días. Nos lo contó un amigo de Andoain que estaba a su lado. Le dieron un tiro justo en la frente, cuando sólo tenía diecisiete años y una escopeta de cazar pájaros, sin saber que aquello era una guerra, que iba a durar cuarenta años... Hasta ahora, que lo vuelvo a recordar.

Bueno, pues de Hernani recuerdo esto. Se creó un poco "el frente" ahí, entre Urnieta y Hernani; veíamos los tiros perfectamente, claro. Había unos catalejos viejos, como en telescopio, en casa de mi tía Agustina, y me entretenía buscando dónde estaba el frente, que nunca llegué a ver. Pero lo que más recuerdo de estas observaciones furtivas, porque en casa no me dejaban salir al balcón y tampoco andar con los catalejos, es que miraba siempre al Buruntza, donde me dijeron que estaba mi padre con dos belgas que manejaban una ametralladora. Esta ametralladora había estado primero en la torre de la iglesia de Andoain...

Y después, cuando se retiraron, subieron al monte Buruntza, que también da a Urnieta, Lasarte y Oria. Había esta posibilidad de retirada. Recuerdo que estaba mirando la cumbre del Buruntza cuando veo que llegan dos o tres personas con una bandera española. Me puse otra vez a temblar por mi padre. Bueno, esto es lo que yo recuerdo más. Pasaron los días y de Hernani, y todavía con la misma inconsciencia, con la misma falta de preparación, con la misma falta de organización, haciendo cada partido lo que podía para reunir a sus gentes, tuvimos que salir para San Sebastián con las mismas prisas. En Donosti nos dieron un piso requisado frente al "Victoria Eugenia",

pero a los dos días tuvimos que volver a evacuar. Estábamos saliendo, cuando nos vienen a dar la noticia de que había muerto un primo mío, de Hernani, de diecisiete años, Pepe, que andaba de voluntario en un camión. Pudimos ir al depósito, no sé adónde, y reconocerlo encima de una mesa de piedra. Tuvimos que abandonarlo allí, y corriendo luego a Zarauz, de miedo que nos cortasen el paso por Orio... Eso es, ése era el miedo; por eso te digo que salimos de San Sebastián; conseguimos montar en un camión ya lleno de gente y llegamos a Zarauz, o acaso Zumaya, no estoy seguro, cuando era noche cerrada. Nos dieron una habitación en una casa de gente muy buena, y al día siguiente, camino de Vizcaya.

Antes quiero recordar una cosa. De Hernani nos habíamos traídos dos pollos desplumados, sin tiempo de cocinarlos. Cuando el apuro de la evacuación de San Sebastián, el padre nos dijo que teníamos que desprendernos de los perros que llevábamos. Mi hermano Joseba y yo, llorando, porque eran nuestros perros, no queríamos, claro. Y como no quisimos soltarlos en la calle, y de miedo de que no fuese a ese piso nadie en esos días, les dejamos los dos pollos a los perros. Por cierto que uno de estos perros, que era un galgo japonés muy bonito, apareció en Andoain por primera vez cuando llegó mi madre de Barcelona, al terminar la guerra, al cabo de casi tres años. ¿Cómo? No lo sabemos. Con la mala suerte que al cabo de una semana lo mató un camión. Estas son algunas de las cosas que no hemos podido olvidar.

– *¿Y ese miedo con que huíais?*

– Había, claro, el miedo de que las tropas que venían ocupando Guipúzcoa por Irún y por Tolosa, matasen a todo el que era nacionalista, republicano o lo que fuese. Ya sabíamos que había habido detenciones en Andoain. Nosotros no detuvimos a nadie. Solamente recuerdo yo, fíjate hasta qué punto llegaba nuestra tolerancia, que mi padre estaba diciendo constantemente en casa: "Vamos a tener un disgusto con Trecu y con Joaquín el panadero". Trecu era un derechista que vivía en una villa grande y que solía poner a Queipo de Llano en voz alta, para que la gente lo oyese desde la calle. Y le dijeron varias veces: "Trecu, ten cuidado, que vas a tener un disgusto. Oye sólo para ti, o te requisamos la radio". Y al final, a los dos o tres días, tuvieron que quietarle la radio. Es toda la represión que hizo nuestra gente.

Y a Joaquín el panadero, que era carlista, muy batallador, muy antinacionalista, un hombre durísimo, tuvieron que hacerle las mismas advertencias. Esto es todo lo que hicimos nosotros. No se detuvo a nadie. Se les retuvo en su casa, y cuidándolos, guardándolos para evitar que alguien viniese de fuera y movido por espíritu de venganza, por las muertes que habían hecho en Navarra, pudieran matarlos.

Después supimos que habían detenido a toda la gente que quedó, aquella gente que no tenía ninguna responsabilidad, nada que temer. De esta gente de mi pueblo, de Andoain, que no se había destacado en nada político, porque los demás habían salido ya, de esta gente que creían que no tenían nada que temer, mataron a dieciséis... El caso es que aun antes de conocer estas noticias, que vinieron más tarde, teníamos miedo de las cosas que decían que habían hecho en Iruña, en Navarra. Aquello ya era el anuncio de otras barbaridades.

– *¿Te traumatizó con tus catorce años pasar de una vida normal y apacible a un clima de violencia y terror?*

– Yo creo que he quedado marcado para siempre con este hierro, como se marca un ganado. También fue grande la marca que me dejó la Iglesia. Yo pasé por unas revueltas interiores en lo religioso, difíciles de superar. Estuve alejado de la Iglesia, sin querer respetar nada de lo que antes había respetado tanto.

– *¿Qué pasó en lo religioso?*

– Durante la guerra, la Iglesia tomó posición beligerante por un bando que se sirvió políticamente de ella, y, como desgraciadamente otras veces en la Historia, la Iglesia estuvo por el imperio de la fuerza y no por los derechos del hombre, del pueblo, que son los fundamentos de Cristo. Para mí, que era un chico, me saltó a la vista la injusticia de ese interés. A mí me salvó el testimonio de nuestros sacerdotes, que siguieron siendo, y son, pueblo. Algunos, y yo creo que muchos, se habrán perdido con la Institución que perdió entonces su credibilidad. Es lástima, pero es una lección terrible para la Iglesia. Nunca serán aquí las cosas como lo fueron.

– *Estábamos en el camino de Zarauz...*

– Sí. Llegamos a Zarauz y no sé de qué manera, pero se organizaron las cosas de modo que tuvimos una habitación para dormir con una cama. Habíamos perdido al padre otra vez.

– *En el combate...*

– Estuvo en San Sebastián hasta última hora. A mi padre, durante la guerra lo perdimos cinco o seis veces, que es como decir que he sido huérfano otras tantas, porque *sentirse* es como *ser*, aunque aquel modo de perder tiene la compensación de la alegría de recobrarlo cuando aparece.

– *Todas las noticias que tienes de la guerra son a través de tu padre, ¿no?*

– Sí. Claro. Sobre todo a través de él. Pero también había gente de Andoain que venía y nos traía recados. Por otro lado, mis primos y mis tíos de Hernani también estaban muy en contacto con nosotros. Pero sobre todo es a través de mi padre. Bien sea porque me contaba lo que estaba pasando, o bien porque no sabíamos nada de él y nos interesábamos por su suerte, lo cual era una forma de enterarnos de la realidad de la guerra.

– *¿Fueron tiroteados las caravanas de refugiados?*

– No recuerdo que lo fueran en este tiempo de que te estoy hablando. Creo que no. Nosotros conseguimos huir de Zarauz y llegar a Zumaya antes de que nos cortasen el camino. Porque los desorganizados no éramos sólo nosotros, también los otros lo estaban, a pesar de la experiencia militar con que contaban. Tenían las ventajas que da la premeditación, pero también estaban bastante despistados respecto a nuestra situación. Era un lucha un poco a ciegas. Si hubieran sabido en dónde estábamos nosotros y lo que teníamos, seguramente habrían venido antes. Pero no lo sabían, y tenían miedo de que

nosotros también estuviésemos mejor organizados. Además, ellos contaban al principio con la posibilidad de que el cuartel de Loyola aguantase hasta su llegada a Donosti. Pienso que el enemigo tampoco estaba seguro de nada, y por eso no cortó la carretera antes. Te estoy hablando en chaval de catorce años. Trato de mantener aquí este punto de vista, que es el que te interesa, ¿no?

– *Sí, claro... Entonces llegáis a Zumaya. ¿Cuántos refugiados estaríais concentrados allí?*

– No lo sé, porque llegamos de noche y a la mañana siguiente, salimos temprano para Vizcaya. Recuerdo aquellas aglomeraciones, las prisas, la gente corriendo. Los gudaris de entonces, que todavía no lo eran –no se organizó el Ejército vasco hasta más tarde–, tenían algunas armas tomadas en los cuarteles que se rindieron. Hacían su guardia durante toda la noche y tenían que dormir en algún sitio. También tenían que comer. Aquello lo recuerdo como un mercado. Zumaya era como un mercado lleno de gentes que se mueven en todas las direcciones buscando los medios de salir hacia Bilbao. Guipúzcoa quedó prácticamente vacía. Este fue un plebiscito aplastante. Allí se cargaban burros, se cargaban carros de bueyes, los pocos camiones y coches requisados que había, ya que había muy pocos. Mira, estas fotografías que hemos visto del Vietnam te dan una idea de lo que era este éxodo. Entonces no había la Televisión –es una referencia–, y tampoco el Vietnam es Euskadi, ni el tiempo es el mismo, ni las circunstancias, ni nuestra pobreza llega a la de los vietnamitas; pero viendo estas escenas me acordaba de las nuestras, parecidas en los bombardeos, en las muertes, en las crueldades. Recuerdo Guernica, Durango y Abadiano, nuestras últimas evacuaciones por mar. Nuestro pueblo ha sufrido mucho en las últimas guerras vascas. Hemos sido muy castigados. Y yo, cuando veo estas escenas, me veo corriendo con mi madre, agarrándome a mi madre, con mi hermano y con otros que no conocíamos, conducidos por el mismo río, el mismo río de miedo, hacia Vizcaya.

– *Entonces en Zumaya no estáis prácticamente más que una noche...*

– Una noche. Creo que fue sólo una noche, y, además, muy poco tiempo, porque llegamos a medianoche, y por la mañana temprano marchamos ya para Vizcaya.

– *Salís para Mundaca.*

– Sí. Nos detuvimos en Mundaca. Otros llegarían más lejos. Cada uno iba adonde podía.

– *Pero las columnas de refugiados, ¿iban sin ningún rumbo fijo, o había gente encargada de dirigirlos?*

– Había gente que se preocupaba de esto y, sobre todo, creo que fue el partido el que inmediatamente organizó algunas cosas, las pocas cosas que había.

– *Y el resto de los partidos, ¿no colaboraron?*

– Sí, sí. Supongo. Yo sólo puedo hablar del Partido Nacionalista Vasco, porque la gente conocida que yo veía, andaba metida en este trabajo. Sobre todo las personas

vinculadas a mi padre. Aún no había ninguna institución común, como más tarde sería el Gobierno de Euskadi. Claro, el Partido Socialista, el Partido Republicano hacían lo mismo. Pero, quizás, el Partido Nacionalista estaba en mejor posición para hacer estas cosas: eran los que tenían más gente y disponían de más medios, más camiones y también mejor organización. Además, era el partido más importante. El que tenía una situación socioeconómica mejor. Controlaba más las cosas, tenía más crédito, ya que estaba formado por la gente del pueblo que todo el mundo conocía. Los de Zarauz conocían a mi padre, y mi padre conocía a los de Zumaya. Creo que –y acaso soy injusto ahora– los demás grupos políticos no tenían la conciencia ni la seguridad de representar al país como nosotros.

– *Pero el partido ayudaba a todos...*

– Sí. Claro, a todos. Si yo soy de Andoain y veo a alguno de Andoain y hay un sitio, no pienso en colores.

Ayudaba a todo el que venía. Nos sentíamos solidarios. Y esta experiencia nos unió mucho. Hizo que nos conociéramos mejor. Creo que nuestro país ganó mucho con esta experiencia de la guerra, de la cárcel y el exilio que hicimos juntos. No lo vayamos a olvidar. Y otro tanto pasó en Vizcaya.

– *¿Qué hacéis una vez instalados en Mundaca?*

– Permanecimos en este pueblo dos meses. Aquí la situación estaba mejor. Había más organización. Allí nos dimos cuenta que ya empezaba a funcionar algo: había unos comedores, había pisos requisados y gentes preparadas para distribuirnos según las necesidades. El problema que se planteó muy muy grande; algo tenía que hacer nuestra gente, y creo que se hizo mucho y bien: requisaron comida, se requisaron almacenes, requisaron maíz, requisaron y utilizaron de la misma forma, seguramente, las panaderías, se crearon unos vales para pagar. Se improvisó una economía de guerra. Allí iban los panaderos a cobrar; cobraron dinero. Como hizo falta este dinero, se empezó a acuñar moneda, a imprimir papel. Luego no había qué comprar con él, pero era la guerra, La guerra es así. Milagros, ninguno. Injusticias de la guerra, todas. Negocios, muy pocos. Creo que aquella administración fue ejemplar. No he oído decir a nadie que se enriqueciesen en nuestro bando con aquella guerra. Se pusieron en las escuelas de Mundaca unos comedores. Allí íbamos a comer todos los días y no pasábamos hambre; aún comíamos. Ibamos a Bermeo, que eran dos kilómetros, a comprar algún pescado. Mundaca fue para mí importante. Conocí Bermeo. Nos sentíamos en nuestro pueblo. Había cuarteles de gudarís ya. Funcionaban las cosas en solidaridad. Fue una aventura penosa, pero nos enseñó muchas cosas. A mí, a sentir mejor a mi pueblo, que lo sentía más libre, lleno de esa libertad del que lucha por ella. He oído de lo que se organizó en Azpeitia. Yo no estaba allí. Para mí, los gudarís empezaron en Bermeo, donde tenía un primo en el *Itxarkundia*.

En este tiempo, mi padre, que era concejal del Ayuntamiento de Andoain, comenzó a ocuparse en Bilbao de los problemas que vivía la gente del pueblo. Así ocurrió con los demás Ayuntamientos. De manera que funcionaba nuestro pueblo todavía con una organización municipal dentro de las instituciones generales que se crearon. Esto ayudó

mucho a evitar infiltraciones de quintacolumnistas, ya que, al utilizarse los canales de los Ayuntamientos de los pueblos donde todo el mundo se conocía, era más fácil controlar a la gente a la que se iba a encomendar un trabajo o una misión.

Los que se pasaban en el frente a nosotros o los que caían prisioneros, pasaban por este cedazo de los Ayuntamientos, donde se separaba a los que podían merecer la confianza de nuestra causa. Mi padre fue representando a mi pueblo hasta Barcelona, hasta el final. Se daban instrucciones o se llamaba a gente que se quería relacionar o que estaban desconectados de sus familiares, por medio de la Prensa. Es curiosa y efectiva la manera en que funcionaron los municipios en todo este tiempo difícil de desgracias, peligro y desconfianza.

– *En Mundaca, ¿estáis ya reunidos con vuestro padre?*

– No. Mi padre siempre estaba donde le tocaba hacer algo. En nuestro tiempo de Mundaca, él estaba organizando las cosas a los del pueblo en Bilbao.

– *¿Qué hicisteis dos niños solos con la madre, durante dos meses en este pueblo?*

– Nada. Jugar, y lo que se podía. También empezar a pasar hambre, pues comenzó pronto a faltar comida. El racionamiento era pequeño. En este aspecto, como te digo, era una pequeña fiesta, pero que ya se estaba agriando con el hambre, los miedos y las preocupaciones de ver llorar a la madre, la guerra y los muertos, algunos conocidos nuestros. Eso era una incertidumbre constante. Vivir, era vivir al aire. Entre nuestro grupo había niños que empezaban a perder hermanos, padres... ¡Y lo que vendría después! En esta convivencia en la solidaridad profunda que amasa la adversidad se fue creando un contacto intenso y muy largo desde Irún hasta Bilbao. Cuando se estableció el frente, empezaron también a hacerse las batallas más –digamos– formales.

A los dos meses fuimos a vivir con nuestro padre, que al contar con una oficina del Ayuntamiento de Andoain y Hernani juntos, en Bilbao, donde atendía a la gente de los dos pueblos, ya tenía un sitio fijo donde estar. Todo eso, con el frente, se estabilizó un poco. Durante ese tiempo, los padres me metieron en una academia (Academia Belandia), donde estudié Bachillerato por unos meses. Como ves, en ese tiempo, en Bilbao, la gente ya estaba organizada. Funcionaban bien los racionamientos de comida – muy escasa –, y los servicios. En Bilbao viví hasta junio del año siguiente.

Allí veíamos desfilar a los gudarís y nos bombardeaban a menudo. Pero el frente todavía estaba lejos.

Esta capital fue bastante bombardeada. De la calle Henao 3, pasamos a vivir a un piso de la calle Fernández del Campo. Te señalo el lugar porque era justo detrás del frontón "Euskalduna". Uno de los muchos días que tocaban las sirenas conté, recuerdo muy bien, 113 aviones italianos y alemanes. Los pesados "Heinkel" y los cazas italianos que descendían cayendo como a plomo, en barrena, ametrallando todo. Bajábamos uno de estos días mi madre y yo por las escaleras cuando se nos cayó una de las vigas, que le pegó a mi madre en la espalda. Yo creía que la había matado, casi no nos veíamos entre el polvo. No la encontraba, porque estaba llena de escombros. Al fin la saqué, estaba bien, tenía dolor, pero nada más. La bomba había caído justo en el frontón. Salimos y vi que bajaba un río de agua de la plaza de arriba, de Zabalburu. Había caído una bomba

allí, reventando una red de tubos de agua que bajaba como un río. Había casas que estaban ardiendo. Andaban buscando gente para sacar a los muertos. Yo tenía sólo quince años. Los había cumplido ya. Pero mi madre no me quería soltar. Dos hombres insistieron en llevarme a desescombrar, pero al ver a mi madre que estaba herida del golpe, me dejaron...

– *¿No estaba tu hermano contigo allí?*

– Verás: aquél fue precisamente el día que salió mi hermano para Rusia.

– *¿Salió para Rusia antes de la caída de Bilbao?*

– Sí. Y merece la pena que te explique esto. El frente se estaba ya acercando mucho a Bilbao. Y los bombardeos eran constantes. Estábamos jugándonos la vida todos los días. Los padres quisieron sacarnos a los dos hermanos fuera, porque pensaban que todo había terminado. Por eso pensaron en sacarnos: "Al menos, los hijos", decían. Mi padre averiguó qué posibilidades había para los niños, porque el Gobierno Vasco estaba organizando ya unos embarques para el extranjero. Esto te da idea de la organización a que llegó nuestro pueblo en momentos tan difíciles. Por aquel entonces veíamos desfilar a los gudarís con la ikurriña por las calles. Ya había Ejército. También teníamos una Policía vasca la "Ertzaña". En poco tiempo cambió toda la estructura. Fue extraordinaria la forma en que se trabajó, con una serenidad y una seriedad que resultan impresionantes vistas desde esta distancia que me dan los años. ¡Ahora que sé lo que cuesta organizar las cosas! Había unos que salían para Bélgica; otros, para Inglaterra, y otros, para Rusia.

Mi padre quiso sacarnos a los dos, pero ya era un poco tarde, porque los cupos para Bélgica e Inglaterra estaban cubiertos. No había barcos para estos destinos. Para Rusia, adonde se podía ir aún en *El Habana*, no aceptaban más que a los menores de catorce años, los años justos que tenía mi hermano Joseba.

Esta es la razón por la que fuimos mi madre, mi padre y yo a acompañar a mi hermano al barco *El Habana*.

– *¿Cómo aparecían para ti entonces las razones de esta evacuación?*

– En primer lugar, sabíamos que si agarraban a mi padre, lo iban a fusilar, porque a amigos suyos, algunos, casi todos, con responsabilidades políticas menores, y otros sin ninguna, los habían fusilado. Habían fusilado a dieciséis de mi pueblo, ya te lo he dicho. Es decir, teníamos que marcharnos por mi padre, y aunque mi padre ya se tragó seguramente la idea de que no iba a poder salir, no quería vernos a nosotros desamparados, sin él y sin mi madre. Mis padres quisieron salvarnos. Podríamos ir a una escuela, podríamos comer, estar lejos de la guerra.

Si, por el contrario, nos quedábamos allí y mataban a mi padre, nos podríamos encontrar todos en una situación muy difícil, con el enemigo encima además. Mi padre no quería ni oír hablar de la posibilidad de que cayésemos nosotros en manos de Franco.

– *Así pues, os montabais en aquellos barcos no por afinidades ideológicas con los países de destino, sino, simplemente, para salir de allí por cualquier medio.*

– Claro, claro... Salir adonde fuese. Era el final de Bilbao.

El Gobierno Vasco estaba pagando a los países de destino para que llevaran a los niños a colonias con maestros vascos. La Cruz Roja intervino en todo esto. Hay países que se portaron muy bien. Sobre todo, Bélgica y Francia, y también Inglaterra, con sus barcos. En uno de ellos, el *Newcastle*, salimos luego mi madre y yo. Pero esto fue más tarde.

En realidad, no hubo problemas ideológicos. No. No. Yo creo que en estos momentos de crisis no se miraba absolutamente nada, si no era el salvar a los niños. Claro, teniendo en cuenta que había muchos más niños que los que podían salir, se habían establecido algunas normas de edad; por eso se sacaba primero a los más pequeños. Pero también es posible que uno que fuese del Partido Socialista hubiese tenido más facilidades para sacar a sus hijos a través de su partido. Supongo que todo esto es muy normal y muy humano. No había esta discriminación de si llegas tú y te dicen: "Usted, ¿de qué partido es, o su esposo, de qué partido es?" No. Es muy normal que en estos momentos de pánico juegue el parentesco, juegue la solidaridad del partido. En el caso de mi hermano, ya ves, mi padre era del PNV. –Por una diferencia de unos meses, tu hermano va a Rusia. ¿Podías haber ido tú? –Exactamente. Estuve a punto de ir. Si me hubiesen dejado ir, habría ido. Tenía un año más. Además, había un antecedente de mi familia con Rusia. Cuando la revolución de octubre del 34, estuvo en Rusia un primo mío de Hernani: Javier Salinas Orradre. Tenía una condena a muerte, y se escapó del fuerte...

– *¿De dónde?*

– Del fuerte de Jaizkibel. Estaba condenado a muerte por socialista, por haber sido presidente de las Juventudes Socialistas de Hernani, en la época de Gil Robles. Se escaparon tres por una salida de cloacas al mar. Tenían un barco esperándoles y se fueron a Rusia. Jabiartxo vino casado con Naia Tarakánova, que era mi prima.

– *¿Es socialista y está actualmente en Chile?*

– En Chile está... y mira cómo son las cosas: lo que teme más mi primo desde hace años es a los comunistas, al comunismo. Desde aquella experiencia de la guerra es anticomunista. Nunca fue comunista, pero después de pasar por Rusia y la guerra, menos.

– *Se casó con una rusa...*

– Con una rusa del Partido Comunista. Pero ella se fue a Rusia al final de la guerra, el 39. Era comunista sobre todo, y mi primo, no. Ahora está casado con una bermeana en Chile, y no le hables del comunismo.

La referencia a este primo mío fue en aquel momento muy positiva, ya que seguramente fue él quien le dijo a mi padre: "Mételo si puedes ahí, porque estará bien". Nosotros no vimos en ese momento en Rusia nada que fuese políticamente problema para nosotros, porque en aquel momento mi primo tampoco tenía problemas con los soviéticos. El estaba de traductor con dos o tres aviadores que había en Bilbao. Después se fue a Valencia. Quiero decir que la cosa de ir a Rusia no era entonces un problema. De una parte, porque teníamos esta referencia del primo. Después, por la edad de Joseba

y porque creíamos que había que salir como fuera de aquel riesgo. Además, Rusia entonces era un aliado, como lo fue de los norteamericanos más adelante en la Segunda Guerra Mundial. A algunos norteamericanos se les olvida este dato. He tenido oportunidad de recordárselo a alguno.

Por lo demás, la separación de mi hermano fue muy cruel. Algo tremendo. Recuerdo la despedida de mi hermano con mis padres y la mía. Fue tremendo, ya que no sabíamos si íbamos a volver a verlo más. Y no lo vimos, efectivamente, en diez años, que fue un mundo de tiempo. Mi hermano pasó en Rusia toda la Guerra Mundial.

– *Pero, ¿no os escribisteis? ¿No tuvisteis ninguna relación?*

– Durante la Guerra Mundial resultaba muy difícil. En Rusia, más.

– *Tu hermano se escapa de una guerra y se mete en otra...*

– Así es. Al principio estuvo bien, pero con la guerra pasó mucha hambre y muchas calamidades. Es de novela.

– *¿Cómo recuerdas los acontecimientos más terribles de la guerra, como los bombardeos de Durango y Guernica? Te llegaban las noticias a través de familiares, amigos, ¿no?*

– Los tíos de Hernani con las tías y con los primos estaban, al menos algunos de ellos, en Abadiano. Otros estaban muy cerca de Durango. Pasaron todo el bombardeo en una cuneta de la carretera. Ninguno de ellos murió, pero vieron morir a mucha gente a su lado. Cosían la carretera a tiros, buscando matar a los que huían. Me lo han contado muchas veces. Tiraban sobre todo lo que se movía en la carretera. Mis primos, que pasaron por eso, los Beracieto Orradre, viven ahora en Hernani. Después, claro, vinieron a Bilbao con nosotros. ¡Figúrate la tragedia que vivimos! Llegaron todos sucios, sin nada, hambrientos. Dormimos en casas, en el suelo. Bueno, fueron momentos tremendos. Después, salimos juntos de Bilbao.

– *Pero los aviones alemanes y nazis, ¿sabían que ametrallaban a la población civil...?*

– ¡Claro que lo sabían! Después nos enteramos de que estaban ensayando una táctica alemana que aplicaron más tarde en Coventry y en otros lugares. Pero la primera vez fue en Durango y Guernica. De Durango no hace falta hablar, ahí están las fotografías de un sacerdote muerto en el momento en que estaba celebrando la misa. También murieron en la iglesia unas monjas. Destruían y mataban fríamente. Querían desmoralizar a la población de Bilbao. Intentaban destruir la moral que teníamos entonces y entrar en la capital de una manera más radical, cuanto antes. El precio no importaba. Eso fue una táctica criminal nazi. Ensayaron con nosotros. Franco tenía las dos manos metidas ahí. No hay excusas. Y la Iglesia no dijo nada... ¡Es una cosa terrible! ¡Pensar que no hacíamos más que comenzar un calvario que ha durado cuarenta años...!

– *Guernica, ¿significaba algo para tí, con justo quince años?*

– ¡Pues claro que significaba mucho, porque mi padre nos había contado cómo estuvo allí representando al pueblo de Andoain en la elección del Gobierno Vasco!

Conocíamos Guernica, sí. Por una parte, había leído y había oído muchas veces hablar sobre Guernica y sabía lo que significaba. Por otra, también sabía que el Gobierno Vasco que teníamos en Bilbao se había elegido allí. Nos enteramos del ametrallamiento, bombardeo e incendio de la villa. Pero era llover sobre mojado, ya que no sabíamos en qué día vivíamos, ni en qué guerra, ni en qué batalla. La poca escuela que yo tenía en la Academia Belandía, también se me terminó en cuanto empezaron a empeorar las cosas. Ya no salías ni cuando te levantaba a veces con la sirena de los aviones. Había mucha hambre. Pasábamos tiempo en las colas para buscar un poquito de aceite y pan. Recuerdo que una vez mi hermano y yo comimos margarina de una lata que consiguió mi madre no sé cómo. Nos comimos la margarina con cuchara. Estuvimos enfermos varios días. Todo esto fue muy duro. Te repito que aquello era sólo el comienzo de la saga vasca...

– *¿Qué os preocupaba a vosotros más según vuestra edad, el hambre o los bombardeos?*
– Creo que el hambre.

– *¿El hambre era mucho más importante que los bombardeos?*

– Sí. Porque el bombardeo lo tenías a ratos, en algunos momentos y, además, se acostumbra uno al riesgo, a pensar en que lo peor sólo le pasa a los demás, como en los accidentes de coche. Salías corriendo al refugio, y aunque en ese refugio, si hubiera caído una bomba, hubiéramos muerto todos, nos sentíamos protegidos. En el refugio, la gente hablaba, estábamos todos juntos, parecía que no podía pasarnos nada a tanta gente junta. Hablábamos del hambre, del hambre... Cuando cogíamos un pedazo de pan, lo comíamos inmediatamente y ya no teníamos más que comer durante todo el día. Era horrible.

– *¿Se veía en el ambiente que Bilbao iba a caer?*

– Por una parte, objetivamente, nos hacíamos a la idea de lo que nos decían. Dicho de otra manera: queríamos creer lo que nos decían, es decir, que íbamos a resistir en Bilbao y que iban a llegar los aviones de Prieto, desde Madrid. También se decía que iban a llegar armamento y otras cosas, que luego no llegaban. Pero esa esperanza se mantiene. No se sabe, yo creo que no se sabe nunca cuánto puede llegar a resistir un hombre en estos casos. Aun sin esperanza objetiva. En la resistencia se sostiene todo, y dura. Además, dura porque no tiene más remedio que durar, porque no hay otro camino. La esperanza, te agarras a ella, hasta que te ocurre lo peor. Confiábamos en que por fin, en el último momento, llegarían nuestros aviones, nuestros barcos. Pero no fue así.

– *Al final cae Bilbao. Comienza la desbandada, el pánico. Se termina de luchar. La tropa se mezcla con los que huyen. Las familias se separan...*

– Mira, ya no sé si recuerdo exactamente. Yo creo que he soñado tantas cosas después de esto que, a veces, me pregunto yo mismo si alguna de las cosas que recuerdo como hechos no son sueños que he tenido. Llega un tiempo en que uno confunde la realidad con algún sueño. He descubierto que, a veces, cosas que he creído que son verdad no lo eran, y he podido comprobar, mediante alguna referencia personal de algún familiar

mío, que en realidad se trataba de un sueño. Pero hay momentos, sobre todo cuando pasa cierto tiempo, en que no distingues lo que ha sido un sueño que en su momento no tiene importancia, pero que después te vuelve en forma de una realidad pasada, hasta el punto de que no estás seguro de si es verdad o no. Creo que a todos nos pasa lo mismo. Pero lo que recuerdo, o creo recordar, es que lo de Bilbao, con los bombardeos masivos, era ya una cosa muy seria. Empezaron a caer unos obuses grandes de algunos barcos que tiraban desde el mar. La esperanza se iba reduciendo, era la desmoralización de la gente que venía del frente. A algunos tíos y primos míos los veía mal. Se notaba que las cosas iban mal. Lo notabas en la calle. También veías que algunas gentes que, de alguna forma, sabía uno que no eran muy nuestras, no andaban tan preocupados como antes.

Oíamos a Queipo de Llano que hablaba desde Sevilla. A pesar de que este hombre nos derrotaba con sus cosas, nos servía para confrontar nuestras noticias con la versión del otro lado. Aunque en realidad aquello no era información, sino propaganda, que es diferente. Vivíamos en este puente entre la esperanza y la desesperanza, a la manera en que se sostienen los equilibristas. Esta ha sido nuestra posición forzada durante mucho tiempo.

– *¿Había, en este aspecto, una contrapropaganda del Gobierno Vasco, que sirviese para contrarrestar la del enemigo?*

– Claro que sí. Por radio y también por la Prensa. Pero había veces en que era obligado confesar que se había perdido un pueblo, ya que era una cosa que no se podía tapar. Y así se hacía, creyendo en una recuperación. En otras ocasiones, cuando Queipo de Llano u otro, por Radio España de Burgos, decían que habían tomado un pueblo, nos resistíamos a creerlo, pero luego llegaba un primo o alguien que había estado en el frente y tenía que decirnos la verdad. El Gobierno Vasco hacía todo lo que podía, pero milagros no. Lo que hizo, por ejemplo, en esta situación tan grave, fue organizar la salida por tren hacia Santander de toda la gente que podía salir: Me dirás tú: ¡Todavía seguir adelante! Y es que no había otro remedio. ¿Qué vas a hacer? Si hay gente que quiere salir, no les vas a dejar allá para que los agarren. Los gudarís que estaban en el frente y tenían su familia allá, querían creer que alguien se estaba ocupando de poner a salvo a los suyos en Santander, ya que pensaban que quizás allí estuviese la solución. Siempre hay un espacio para la solución. Es posible cuando hay esperanza de algo y, sobre todo, cuando no tienes otra certidumbre mejor. Salimos hacia Santander en tren y coincidimos todos los familiares, los de Hernani, los de Andoain, todos mezclados ya, los que estaban en Durango, en Abadiano, en Guernica, todos juntos...

– *¿Seguís sin ropa, sin comida y sin dinero?*

– Dinero sí había, pero ¿qué hacer con ese dinero si no tienes cosas que comprar? Lo que sí vimos era que en Santander vivían mucho mejor que nosotros. Cuando llegamos a esos pueblos camino de la capital, descubrimos que allí ya había un poco más de leche y también alguna cosa más de comida.

Llegamos por fin, después de hacer una noche en el camino, a un pueblecito donde alguien nos guió a casa de un empleado de ferrocarril. A mi madre y a mis tías, con los pequeños y los niños, nos metieron en una habitación. A mí me dijeron: "Tú tienes una

habitación arriba. Tú duermes con otro". Subo a la habitación –era muy pequeña, apenas cabía una cama–, enciendo la luz y me encuentro con un viejo de barba blanca, grande, demacrado, que estaba durmiendo, y me dicen que me meta en la cama con él. Yo no quería meterme en aquella cama. ¡Si parecía que aquel viejo estaba muerto! Yo dije que no, que iba a bajar porque no había sitio. me metí en el cuarto de mis tías, con mis primos y mi madre, y dormí sentado. Al llegar a Santander, pasamos dos o tres días a la intemperie, muy mal. Pero el día de estar allí esperando a que llegase el barco que nos iba a llevar, se presentaron dos milicianos santanderinos que me dijeron:

– ¡Tú, muchacho, a hacer trincheras!

– ¿Yo?

– Sí.

– Pero tengo sólo quince años...

– Ven con nosotros.

¡Dos hombres de veinte años, con fusiles, recogiendo niños en la retaguardia! Mi madre se asustó:

– ¡Si vamos a salir en barco!

– ¿Qué barco?

– ¡Hay que trabajar en el frente! Tú te has escapado de Bilbao.

Me llevaron por todas las calles, entre dos soldados, hasta un cuartel. Mi madre detrás llorando. Llorando y gritando. Alguien de Andoain, que por lo visto reconoció a mi madre, le dijo:

– Espérame, que ya vendrán a buscarte.

Me llevaron al cuartel y me echaron con un grupo que seguramente serían fascista o gentes que habrían recogido por ahí, en Santander. También había mucha gente de Bilbao, como yo, algunos jóvenes y otros viejos. Todo lo que caía en sus manos, por viejo o por joven que fuera, lo agarraban y lo metían en el grupo destinado a cavar trincheras en el frente. Menos mal que a las dos horas, no sé en qué forma, aquel hombre consiguió un representante del Gobierno Vasco que vino con un documento acreditando mi edad, mi identidad y el sitio donde tenía que embarcar con mi madre. Si no llega a ser por él, me dejan por allá.

Además, nos dieron refugio en unas casas de Santander. Sin embargo, nosotros no queríamos movernos del muelle, ya que no sabíamos cuándo iba a llegar el barco y quiénes iban a embarcar. Queríamos guardar la cola en el muelle, y nadie se salía de ella.

– *¿Había en Santander tropas vascas que os...?*

– Tropas vascas, no, pero sí gentes que venían del Gobierno Vasco y que estaban coordinadas de alguna forma con las autoridades santanderinas. A nivel más alto, seguramente había coordinación, pero abajo lo que había eran recelos contra los vascos. Probablemente lo que pasaba es que existía una influencia de ciertas ideologías... El hecho de haber constituido los vascos un régimen de tolerancia religiosa, era ya un obstáculo para hacernos comprender en algunas partes de la zona republicana.

Por fin conseguimos montar en ese barco, un mercante inglés, el *Newcastle*. En seguida se llenaron las bodegas, y nosotros tuvimos que quedarnos arriba, en cubierta, sin mantas, con mucho frío y de noche. Así pasamos tres días y tres noches antes de

llegar a Saint-Nazaire. Hacía un frío horrible. Nos amontonábamos instintivamente, pero todavía estábamos asustados, porque antes de salir del puerto llegó un avión y lanzó tres o cuatro bombas, de manera que creíamos que iban a hundir el barco. Pero no lo tocaron. Además, al salir del muelle –otra vez habíamos perdido al padre, no sabíamos nada de él, estuvimos tratando de verlo en el muelle cuando desatracaba el barco por si llegaba a despedirnos– nos encontramos con un barco de guerra, creo que era el *Cervera*, el *España* o el *Jaime I*, uno de aquellos que bloqueaban la costa... Nosotros navegamos bajo el pabellón de la Cruz Roja inglesa, por lo cual nos tuvieron que dejar pasar. Eramos todos niños y mujeres.

En el viaje nos dieron un poco de leche condensada caliente. La leche condensada era para nosotros una gran novedad. En cuanto el barco salió fuera, empecé a marearme; y ¡cómo tendría yo el cuerpo que, debido al frío que hacía de noche, me acercaba a las calderas o a la chimenea para recibir un poco de calor! Lo malo es que como había ese olor a leche condensada por todo –todavía recuerdo ese olor como si fuese hoy mismo–, me daban náuseas. Pasé tres días horribles. Estaba como un trapo; perdí a mi madre; no se por dónde anduve. Por fin, cuando llegamos, me encontré con ella, no sé ni cómo bajamos...

Había también un problema psicológico, porque todas las mujeres y niños iban sin sus maridos. Casi todas, sin saber nada de ellos. Iban a un país extranjero cuyo idioma desconocían. No tenían dinero, nada.

– *Pensabais, por lo menos, que allí seríais bien recibidos, ¿no?*

– Sabíamos que el Gobierno Vasco se estaba ocupando de eso. Que había incluso algunos representantes vascos. Sí, pero no sabíamos si nuestro padre había muerto o estaba vivo. Recuerdo que, al subir al barco, un amigo de mi padre de Andoain –se llama Sergio Irazu y todavía vive en Cumaná, Venezuela– nos dijo:

– He visto a Pello. Anda por ahí.

– ¿Dónde?

– Pues no sé; lo he visto en no sé qué pueblo, en la frontera de Vizcaya. Pero anda por ahí.

Por lo menos está vivo, pensamos. Pero salimos sin verle y sin saber si podría salir después. Llegamos a Francia. El Gobernador francés nos atendió. Nos llevaron a Château Chinon (Nièvre).

– *¿Qué tal os atendieron los franceses?*

– Bien. Nos llevaron a un cine, y allí, como si se tratase de un mercado, nos repartieron. "¡A ver quién quiere recoger a este chico! ¡Quién niño, sólo!" La madre aceptaba, ¡qué se va a hacer! A mí me cogió un matrimonio con un hijo pequeño, Gérard. Allí estuve 11 meses en casa de un comunista, Joseph Meunier. Los señores Meunier se portaron extraordinariamente conmigo. Hasta mucho después de irse mi madre a Barcelona. Mi padre fue de los "tontos" que, de Santander, siguió por tierra hasta Asturias y, de allí salió –desde la última punta de Asturias, cuando ya no había ningún sitio adonde ir a pie– montando en una lancha de esas que creo que hizo siete días y siete noches a motor y a remo, para llegar por fin a Burdeos. Los franceses lo

metieron en un tren cerrado y lo pusieron en la frontera de Cataluña, a donde él quería ir, ya que aún había restos de fe en la victoria. Después, cuando salió mi padre de Barcelona, tampoco sabíamos si había muerto o no. Las tropas franquistas sorprendieron a mi madre allí, y mi padre tuvo que salir a pie por el monte antes de que le cogiesen.

– *¿Estuvo hasta el final de la guerra?*

– Hasta el final. Hasta el final del todo. Pero volviendo a Francia, puedo decir que nos atendieron bien. Yo creo que el Gobierno francés actuó correctamente. Nos asignó a familias. Según parece, el Gobierno o alguna institución internacional daba a las familias algo para que nos mantuviesen, pero la gente no lo hacía por eso, lo hacía por ayudar y se portó muy bien. Yo no tengo ninguna queja; al contrario, debo mucho a esa gente, y aún me escribo con ellos. Guardo siempre una relación.

– *Luego vinisteis aquí, a Euskadi Norte...*

– No podía seguir estando allí todo el tiempo. En cuanto el Gobierno Vasco organizó aquí las colonias para los niños, me trajeron, primero, a Donibane Garazi, a la Citadelle. En este viaje que hice de Château Chinon a Paris, sede del Gobierno Vasco, conocí a Javier Landáburu, a Heliodoro de la Torre y a su chófer, Balbino Barriola que es de Andoain y me enseñó la capital en su coche. Son cosas que no olvido nunca. Ya en este tiempo teníamos cartas de mi hermano. El contacto se perdió luego, cuando estalló la Guerra Mundial. En la Citadelle había una colonia de 600 chicos y chicas. Allí estuve durante un año; después pusieron una escuela aquí en Donibane Lohitzun (San Juan de Luz). El Gobierno Vasco se preocupó mucho de nosotros. Nos instaló un liceo en un hotel: don José Miguel de Barandiarán nos dio clase de antropología aquí, en una especie de bachillerato superior para los mayores. Eramos cerca de un centenar. Su director fue Agustín Zumalabe. Estaba yo estudiando cuando los alemanes invadieron Francia. Entonces los franceses nos agarraron a todos los refugiados y nos mandaron a un campo de concentración a Gurs, en un estado miserable, con disentería, sin comida, horrible. Allí estuvieron Fagoaga, Isidoro, y creo que el poeta que conocí en aquel tiempo fue Alberti. Los franceses que pensaban rendirse a los alemanes creían que nosotros podríamos crearles problemas con ellos. Por eso querían tener encerrada a toda la gente sospechosa. Allí estuve mes y medio hasta que, aprovechando el barullo originado por la proximidad de los alemanes, me escapé con uno de Tolosa –Lasquibar–, andando hacia Donibane.

– *¿Os escapasteis del campo?*

– Así es. Cogimos la carretera. No había ni un coche, porque los alemanes andaban cerca. Empezaron a soltar a los alemanes que también tenían prisioneros en el campo de concentración, lo cual era señal de que ya estaba la cosa cerca. Yo, entonces, no tenía ni un franco y nunca tuve dinero durante mi huida. Mis padres no tenían qué mandarme tampoco. Pero este amigo de Tolosa, que era mayor que yo... tenía algún dinero y consiguió alquilar un taxi en uno de los pueblos por los que pasamos. No sé en qué sitio. El caso es que llegamos a San Juan de Luz. Yo aquí tampoco tenía a dónde ir, porque la

casa donde estábamos con el Gobierno Vasco se había disuelto y no quedaba nadie. Entonces pasé las de Caín, trabajando de todo. Hice de *valet de chambre* en el "Hotel Madison", donde trabajaba también como *veilleur de nuit*. Con un gallego estuve recogiendo bellotas para venderlas a los criadores de cerdos. Tuve la suerte de que encontré siempre abierta la casa de un amigo de Vergara, Víctor Múgica, con la buena de Paca, su madre y el buenísimo Gregorio, su marido. Siempre me he encontrado con gente buena cerca. Es una gran suerte. El caso es que estando en todo ese ajeteo, llegaron aquí algunos barcos para evacuar a los soldados del Ejército polaco y repatriar a gente importante, sobre todo militares. Intenté saltar a ese barco en el muelle de San Juan de Luz, pero no hubo forma. Estaba reservado exclusivamente para los que tenían alguna representación o autoridad, y podían pasarlo mal si caían en manos de los alemanes. Eran los últimos momentos. También había allí representantes vascos, que marchaban para Inglaterra, pero que yo no conocía entonces. Lo que vi en abundancia fueron soldados polacos, vestidos de marrón. Al subir al barco tiraban la bicicleta que llevaban con ellos. Siempre he pensado por qué no cogí alguna de aquellas bicicletas. Pero cerca de mí había gente más espabilada que yo, que se me adelantaba.

Mientras, mi padre, que había llegado en bicicleta desde las Landas, donde vivía con un grupo de vascos, me dijo que fuera a Venezuela con él. Sin embargo, a mi madre, que estaba en Andoain, no la dejaban salir...

– *Tu madre, ¿no había tenido ningún problema al volver al pueblo, siendo su marido un "rojo separatista" fugado?*

– Alguno sí. La llamaron a declarar. Además, tenía que presentarse a la Guardia Civil todas las semanas. Hay que añadir todas esas cosas de los malos tratos de miradas y gestos. Eran los tiempos del odio y de la venganza. Me tocó a mí más tarde. Mi madre estaba con una cuñada, la hermana de mi padre, María. Como iba diciendo, mi padre, y esto era en agosto de 1939, quería que yo fuese con él a Venezuela. Yo le contesté: "Mira, la madre está aquí todavía y yo no sé qué puedo hacer por ella. Vete con los amigos a Venezuela. Habrá después tiempo de ir allá. Déjame ver qué puedo hacer yo por la madre". Había estallado la Guerra Mundial. Otra cosa hubiese sido si yo hubiese sabido que iba a estallar y que los alemanes iban a entrar tan pronto. El 3 de setiembre de 1939, Francia declaró la guerra a Alemania que, desde el día 1º venía invadiendo otros países. El *Bretagne*, el barco donde iba mi padre, salió de Burdeos seis o siete días antes. Nos enteramos entonces que los submarinos alemanes habían comenzado a hundir barcos enemigos, y un día leímos en la Prensa que el *Bretagne* había corrido esa suerte. ¡Ya se me ha muerto mi padre otra vez! Pero a los dos días recibí una tarjeta de mi padre con la imagen del *Bretagne*, diciendo que había llegado bien a Venezuela. Resulta que el hundimiento del barco se produjo a su regreso. ¡Coincidencia apretada de días! Pero volvamos a la entrada de los alemanes: yo estaba el 24 de junio de 1940, día de San Juan, en la plaza de Donibane, cuando entraron los alemanes. Hacía unos pocos días que había venido del campo de concentración de Gurs. La Kommandatur alemana dio órdenes de que se presentasen todos los extranjeros. Fui allí y me dijeron: "Tienes que elegir entre ir a tu casa, a España, o a trabajar con nosotros a una fábrica militarizada". Yo les contesté que consultaría con mi madre. Me dieron dos días de plazo para tomar la

decisión. Como es lógico no tuve oportunidad de hablar con mi madre, pero lo que hice fue consultar con otros amigos de aquí, que también estaban escapados. Me dijeron:

- Colaborar con los alemanes, de ninguna manera
- Bueno, con los alemanes, nada. Entonces, al otro lado".

No sabía lo que me esperaba al otro lado. "Al menos, podré atender a mi madre", pensé. Llegué al otro lado; nunca se me olvidará el puente de Hendaya, que pasé yo aquel día con la bandera española y los guardias civiles. Eché a andar con mi maleta, con mis libros –tenía una maleta de libros entonces también–, atravesé el puente y llegué allá con verdadero pánico. Estaba mi madre –con la que unos días antes conseguí comunicarme– esperándome. Le acompañaba un amigo, Jesús Oraeta, director de la escuela de La Salle, donde yo había estudiado. Era el hermano José M. Iciar de Azcoitia. ¡Menos mal, si no, me mandan a Miranda! A un amigo mío lo llevaron allá. Como la madre estaba sola, se dejaron ganar por el hermano José María. Eso me salvó, y así llegué a casa después de tres años de salir del pueblo y dos de éste de mi primer exilio. Lo primero que tuve que hacer: presentarme a la Guardia Civil. Déjame decirte que antes de eso, cuando mi padre tomó la decisión de ir a Venezuela, intentó ver a mi madre antes de macharse. Entonces lo citamos en el río Bidasoa. En el puente no nos dejaban hablar, pero a la orilla del río había mucha gente que hablaba. Llegué al lugar indicado con otro de Andoain, que también tenía mujer en el otro lado y se iba a Venezuela con mi padre, a la altura del Biriattou, y, efectivamente, al rato apareció mi madre con una amiga. A mi madre la dejaron caminar, pero cuando se paró haciéndonos unas señales, no le permitieron hablar. No pudimos hablar con ella, porque en cuanto empezaba, la empujaban y la mandaban en dirección a Navarra. Total, que la Guardia Civil ha sido para mí, desde la revolución de octubre de 1934, una pesadilla, porque ya en aquel tiempo escondimos a uno de los primeros socialista de Hernani, y a mi padre se lo llevó la Guardia Civil, siendo concejal por el Partido Nacionalista, al fuerte de Jaizkibel...

En fin, ¡qué tristeza! No pudimos decirnos nada. La cosa más inhumana. Al fin llegué a Andoain. El taller de mi padre, que tenía siete obreros, estaba confiscado, y al mando de aquello, sin pagar nada, claro, esta un tal Barreiro. No pensamos reclamarlo, ya que ni soñábamos que nos lo pudiesen devolver. Lo que hice es ir a pedir trabajo, tenía que comer. Empecé a recorrer fábrica por fábrica todas las que había en Andoain, pero nadie me quería dar trabajo. Fui al taller de mi padre. Este hombre, Barreiro, me dijo: "No, no, aquí no hay trabajo para tí". Nadie me quería dar trabajo. Además, en la Guardia Civil me dijeron que no podía salir del pueblo y que me tenía que presentar todos los domingos por la mañana.

Estuve así años hasta salir para Tetuán en 1942 para hacer el servicio militar. La Guardia Civil siempre ha estado conmigo. Este año, 1942, también vinieron a mi casa. Yo vivía en la calle Larramendi, en Andoain, frente al campo de fútbol. El día 10 de mayo era la segunda celebración de la fiesta de la Santa Cruz. Ese domingo tuve que presentarme en San Sebastián, creo que a las nueve de la mañana. Nos metieron en unos vagones, precintados, cerrados. Teníamos que hacer las necesidades por la ventanilla, poniéndonos encima del hombre de otro, o si no, en el suelo. Tres días y tres noches hasta Algeciras. Nos metieron en la plaza de toros hasta el día siguiente. Total, que como

ese día yo me había presentado en San Sebastián a las nueve o diez de la mañana, no pude presentarme al mismo tiempo a la Guardia Civil, ¿no te parece? El caso es que al día siguiente se presentaron en casa de mi madre. Se había quedado sola otra vez. De cuatro que éramos, estábamos separados todos, uno a uno. Hemos estado diez años así; mi hermano, en Rusia; mi padre, en Venezuela; mi madre, por un lado durante varios años y yo, por otro. Entraron y le preguntaron a ver dónde estaba yo. ¿Cuál iba a ser la reacción de mi madre? "Ustedes se lo han llevado". Se echó a llorar. Ellos se ofendieron, entraron empujando en casa y la revisaron. ¡Atropellar así a mi madre! Cuando supe esto por carta, te puedes suponer. Luego me persiguieron con el Ejército todo el tiempo. La ficha de la Guardia Civil decía que yo era hijo de un rojo separatista y lo demás.

Pero, volviendo a lo anterior, es decir, cuando regresé al pueblo y andaba desesperado buscando trabajo, tengo que decir que había una fábrica, la de "Laborde Hermanos", que era donde mejor pagaban, razón por la cual ni se me había ocurrido ir allí a pedir nada. Pero un día, que no sabía qué hacer, fui, Don Manuel Laborde se portó conmigo extraordinariamente. "Ven a trabajar mañana", me dijo. Así empecé a trabajar de linternero con Arberas y de ayudante de pintor con Arrieta, hasta que, después de un tiempo, entré en las oficinas. Así estuve, ya muy bien, hasta que nos dejaron salir para reunirnos, a mi madre y a mí, después de tantos años de separación, en 1947, con mi padre y mi hermano en Caracas.

Salí para un "año" y he estado veinticinco. Mi exilio ha durado en total casi cuarenta años.